

«AIRES DE CAMBIO: LAS MUJERES CHINO-AMERICANAS A LA CONQUISTA DEL VIENTO»

Esther Alvarez López
Universidad de Oviedo.

En 1989 Amy Tan publica su primera novela, *The Joy Luck Club*, que inmediatamente se convierte en un best seller y en un *must* no sólo para los especialistas en Literatura Norteamericana, sino para todos los lectores a los que les guste la buena literatura.

En esta obra Tan entrelaza por un lado las historias de cuatro mujeres nacidas y educadas en la China de la primera mitad de siglo y, por otro, las de sus respectivas hijas —norteamericanas de origen—, delineando los problemas de comunicación que surgen entre ellas debido a diferencias generacionales y culturales. Las experiencias de unas y otras se transmiten a través de una narración en primera persona, en la que cada una de ellas relata, en su propia voz, las fases más importantes de su vida, las que han marcado su idiosincrasia personal.

El *storytelling* sigue la forma de la tradición oral, tan empleada por las mujeres de diferentes culturas para transmitir el legado y el recuerdo, la memoria de aquello que ha formado parte de su cultura, de sí mismas. Sin embargo, esta misma voz que transcribe de forma íntima dichas experiencias al lector se entrecruza sin posibilidad de entendimiento cuando se trata de conectar a una madre con su hija o viceversa. El problema surge ya de forma inmediata por las diferencias de idioma entre ellas. Mientras las madres hablan en chino, las hijas lo hacen en inglés, sin posibilidad apenas de una comunicación estrecha, ya que la barrera idiomática se da a varios niveles. Como uno de los personajes comenta, «I could understand the words perfectly, but not the meanings» (p.109)

Es sabido que el lenguaje modela y condiciona nuestra forma de percibir la realidad que nos rodea. Siguiendo la validez de esta premisa, el chino y el inglés, en el caso que nos ocupa, se alzan como obstáculos aparentemente insalvables que impiden contemplar las perspectivas de la vida o el mundo, desde un punto común. Las madres tratan a través de sus silencios cargados de significado, o de sus mal articuladas voces, de ofrecer a sus hijas su sabiduría, entretejida laboriosamente a través de años de experiencias, formar su personalidad, y traspasarles de este modo su filosofía de amor, de sufrimiento, e incluso de rebelión ante las difíciles circunstancias por las que han atravesado. A ello se contraponen la propia rebelión de las hijas, incapaces de entender el mensaje, y su deseo de vivir de forma diferente a como lo han hecho sus progenitoras. Criadas en un ambiente chino, pero dentro de una cultura radicalmente diferente, la

norteamericana, la joven generación, comprueba el choque de ambas culturas: el individualismo, frente al sentido de familia, el pragmatismo y una vida fácil, comunista, frente a unas costumbres de rígida moralidad y de extremada dureza en la China de la primera mitad del siglo XX.

El primer obstáculo a salvar por las mujeres chinas de la obra es, pues, el del lenguaje. Las madres viven sumidas prácticamente en el silencio, en la falta de una articulación efectiva debido a su precario dominio del inglés, impedimento que sólo rompen, gracias a la intervención de la autora, cuando narran su propia historia. La dificultad de llegar a un entendimiento real y efectivo es ya planteada en las primeras páginas de su obra. En la primera de ellas Tan cuenta de forma alegórica la historia de una mujer, representativa de las que aparecerán posteriormente, que vuela a América sobre un cisne. Durante el viaje hace a éste partícipe de sus sueños, entre los que incluye tener una hija americana a la que hará hablar un perfecto inglés para que nadie la desprecie, y para la que la vida estará llena de experiencias interesantes que mantendrán a la tristeza alejada de sí. Su legado para ella será el propio cisne, y gracias a él entenderá el significado que su madre quiere transmitirle. Pero los oficiales de inmigración retienen al ave, y lo único que queda de la misma, tras lo que parece un tiempo interminable en el que la mujer pierde incluso el sentido de su viaje, es una pluma. Y de las esperanzas iniciales, ya casi nada:

Now the woman was old. And she had a daughter who grew up speaking only English and swallowing more Coca-Cola than sorrow. For a long time now the woman had wanted to give her daughter the single swan feather and tell her, «This feather may look worthless, but it comes afar and carries with it all my good intentions». And she waited, year after year, for the day she could tell her daughter this in perfect American English (p.3-4).

A grandes rasgos, esto ha sido lo que han experimentado las cuatro madres de la obra. Sus deseos para sus hijas, sus aspiraciones para que se adapten a su nueva cultura y triunfen en ella sin perder los rasgos de sus antepasados, para que asuman el legado que tratan de dejarles como herencia, resultan vagamente comprensibles para éstas, más preocupadas por los desafíos y los problemas propios de su edad en la sociedad en la que han nacido. Las hijas tratan de buscar su propia personalidad mientras, en una marasma de confusión cultural y personal, libran la batalla de decidir a dónde pertenecen y qué quieren hacer de sus vidas.

Lo que destaca en la relación de estas mujeres con sus madres es su total desconocimiento de las mismas. Dada la imposibilidad de comunicarse verbalmente de forma adecuada, las madres emplearán las narraciones en un intento, casi desesperado, de revivir sus propias experiencias con el fin tanto de ordenar sus vidas como de dar sentido a las de sus hijas. Entender

las circunstancias que han modelado a sus progenitoras es la empresa clave que las jóvenes han de llevar a cabo si, al tiempo, quieren entenderse a sí mismas. Descubrir y aceptar la realidad de quienes las han creado, y no sólo la imagen borrosa cargada de elementos negativos, superficiales —los que los americanos mismos tienen sobre los chinos— es el paso imprescindible para empezar un verdadero conocimiento de su propia existencia: «Why are you attracted only to Chinese nonsense? You must understand my real circumstances, how I arrived, how I married, how I lost my Chinese face, why you are the way you are» (p. 296).

Esta imagen que las jóvenes chino-americanas tienen de sus madres, se basa en la idea de que son ignorantes, simples, «backward», porque en algunos casos aún conservan parte de su personalidad china, una personalidad que choca con la norma de mujer americana moderna, individualista, independiente y emprendedora. La realidad que se esconde tras la imagen es, sin embargo, bien distinta. El pasado de estas mujeres está lleno de experiencias enriquecedoras, aunque no por ello difíciles, plagadas de sufrimiento, incluso de crueldad. Sus vidas se han caracterizado por el «drive», tan admirado en la sociedad moderna, o lo que ellas denominan «negkam», que les ha permitido sobrevivir en una cultura moral y socialmente represora para las mujeres.

Todas se han visto marcadas por la falta de «choice», de la oportunidad de elegir. Las separaciones son la prueba palpable de su impotencia ante un «destino» marcado de antemano: An-mei Hsu se ve privada de su madre siendo aun una niña debido a consideraciones sociales y morales que ella no llega a comprender; Lindo Jong es entregada a un matrimonio de conveniencia a la edad de dos años y que se lleva a cabo cuando cuenta con doce, teniendo pues que abandonar el hogar paterno para comenzar su nueva vida de niña-esposa; Ying-Ying St. Clair es abandonada por su primer marido y aborta a su hijo; Suyuan Woo es obligada por las circunstancias de la guerra contra los japoneses a separarse de sus hijas gemelas cuando éstas son bebés. Nunca más volverá a saber de ellas a pesar de sus intentos por recuperarlas.

Es precisamente la circunstancia histórica de dicha guerra la que lleva a Suyuan Woo, a la que se unen otras tres mujeres, a crear «The Joy Luck Club». Con el fin de contrarrestar los aspectos negativos del conflicto, la pobreza, la suciedad, la tristeza, la crueldad, y todo aquello que se hacía ya insostenible, para no esperar sus propias muertes con cara sombría, la idea del club aparece como un talismán contra el maleficio que viven a diario:

‘So we decided to hold parties and pretend each week had become the new year. Each week we could forget the wrongs done to us. We weren’t allowed to think a bad thought. We feasted, we laughed, we played games, lost and won, we told the best stories. And each week, we could hope to be lucky. That hope was our only joy. And that’s how we came to call our little parties Joy Luck’. (p. 12)

Este recurso de efectos quasi-mágicos y curativos, lo traslada Suyuan Woo a su experiencia en el Nuevo Continente, y en 1949 funda la versión americana del club en San Francisco, que gozará del mismo sentido que el original. Gracias a éste, tanto ella como su familia y los nuevos miembros logran crear una red de apoyo, emotivo y económico, al tiempo que refuerzan, al menos una vez por semana, el hilo de unión y continuidad con su pasado, sus tradiciones y su cultura china. Para sus hijos, no obstante, el club es algo que está fuera de lugar, que no encaja en absoluto con el ritmo de vida y el estilo americanos; no entienden su significado ni participan del bienestar que proporciona a sus progenitores. A la muerte de la fundadora, y como es costumbre cuando uno de los miembros fallece, se hace imprescindible la presencia de un sustituto que perpetúe la continuidad del mismo. Su hija es, en este caso, ese elemento esencial que cubra la esquina vacía de la mesa alrededor de la cual se sientan a jugar su partida de mah jong. Jung-mei Woo siente el mismo desasosiego, el mismo rechazo y sentimiento de no-pertenencia que le habían hecho siempre criticar las reuniones y las costumbres atrasadas de su familia. Significativamente, su puesto corresponde al Este, «the East is where things begin, my mother once told me, the direction from which the sun rises, where the wind comes from» (p.22). De forma casi imperceptible, este nuevo miembro del club comienza a percibir, gracias al recuerdo y las palabras de su madre, lo que va a ser el inicio de su conexión vital con este punto de encuentro en alas del viento: el viento del Este en íntima acción con el viento del Oeste.

La historia del club es sólo una muestra representativa de un hecho que, para las madres chinas, tiene, sin embargo, una importancia crucial. Su fundación y posterior éxito demuestran cómo, paradójicamente, lejos de hacerlas sucumbir y rendirse ante lo aparentemente inevitable, son los reveses de sus vidas los que hacen que estas mujeres descubran la forma de superar sus miserias personales, de aferrarse a lo que poco que poseen y volverlo contra un destino implacable que amenaza con destruirlas. A través de esta fuerza interior, su «negkam», nacida de la necesidad de vencer a la muerte, a la soledad, a la pobreza, hallan el valor de sí mismas, por encima de desgracias propias y ajenas, de impedimentos sociales o morales, de represión u opresión externa. Significativamente, hay una anécdota en la obra que da sentido a esta actitud; debido a una incorrecta pronunciación, la palabra «faith» se convierte en «fate»; con ello, el juego de la vida (como el de las palabras) consiste en modificar el destino gracias a la fe que uno pone en el empeño de vencer a la vida misma. Es por tanto esta fe, o «art of invisible strength», lo que permitirá a estas mujeres sobrevivir y hacer que su vulnerabilidad se torne en un aspecto positivo de sus experiencias.

Por lo general existen conexiones entre este momento de lucidez interna de superación con lo que son símbolos de la cosmología china

relacionados con la mujer, con su carácter e incluso su sexualidad. El viento es la que destaca, junto con el agua (o lo mojado) y la oscuridad (representado por la luna), a veces combinado con la ya conocida imagen de auto-descubrimiento a través del espejo. Este es el caso de Lindo Jong. Mientras espera el momento de ser llevada ante su futuro esposo, apesadumbrada por lo cruel de su destino, es asaltada por pensamientos de suicidio en el río — el mismo que ha desencadenado su tragedia al destruir las propiedades de sus padres y precipitando así su boda. La lluvia (agua) le ayuda a formularse a sí misma, casi con urgencia, sus pensamientos. Por primera vez se plantea cuestiones de tipo existencial que le ayudan a reorganizar su vida interior de acuerdo a normas diferentes de las que rigen, y van a regir, su vida externa. Así, consideraciones como lo que es «true», importante, de una persona, se convierten en su punto de partida y de apoyo:

Would I change in the same way the river changes color but still be the same person? And then I saw the curtains blowing wildly, and outside rain was falling harder, causing everyone to socurry and shout. I smiled. And then I realized it was the first time I could see the power of the wind. I couldn't see the wind itself, but I could see it carried the water that filled the rivers and shaped the countryside. (...) I wiped my eyes and looked in the mirror. I was surprised at what I saw. I had on a beautiful red dress, but what I saw was even more valuable. I was strong. I was pure. I had genuine thoughts inside that no one could see, that no one could ever take away from me. I was like the wind» (p.53).

El viento se convierte en su aliado cuando, en una ceremonia ritual, se enciende una vela con dos cabos, que representan a su marido y a sí misma, y se hace arder toda la noche como prueba de la duración y los buenos augurios que darán la bienaventura al matrimonio. Testigo mudo de su propia infelicidad en este acto de unión contractual, Lindo Jong con ayuda del elemento atmosférico, hace que el cabo de su marido se apague. De esta forma, y debido a la superstición de su familia política, se libra de un futuro no deseado. Lindo utiliza el mismo recurso que iba a determinar su destino inexorablemente para su propio beneficio, y gracias a él alcanza su independencia.

Ying-Ying St. Clair está marcada por el elemento agua y por la representación teatral de la «Moon Lady», una ceremonia que dramatiza la separación de la luna de su marido, el sol, así como la división entre el yin —la mujer, la oscuridad y la pasión— y el yang —el hombre, definido como «the bright truth lighting our minds»—: la víctima y el héroe. La luna concede un deseo a quien se lo pida, siempre que éste no sea un deseo egoísta, si bien Ying es advertida que «A girl can never ask, only listen» (p.68). Tras caerse al agua, y en lo que podemos considerar como un rito

de iniciación, Ying se ve accidentalmente separada de su familia, y tiene que enfrentarse en soledad a un futuro de inseguridades e incertidumbres. Su única petición a la Moon Lady será, en consecuencia, «to be found», que para ella posee no sólo un sentido literal sino igualmente de experiencia íntima y personal. Para su sorpresa, en el momento de articular su «selfish wish» la luna se convierte en hombre. La traición de que se considera víctima le marcará profundamente durante toda su vida: «But now that I am old, moving every year closer to the end of my life, I also feel closer to the beginning. And I remember everything that happened that day because it has happened many times in my life. The same innocence, trust, and restlessness; the wonder, fear, and loneliness. How I lost myself». (p.83) Incluso en su vida adulta, esta experiencia de su infancia, y sus consecuencias, le persigue. A partir de la transformación que sufre tras dar voz a su deseo, Ying-Ying St. Clair se convierte en una persona que carece de articulación y, por tanto, de decisión en su vida. Cuando llega a América su marido —caucasiano— la somete a un proceso de «naming», cambiando su nombre chino por uno anglosajón; asimismo confunde el año de nacimiento, con lo que modifica su ascendencia, de Tigre a Dragón. La personalidad de Ying-ying se ve así totalmente alterada; incapaz de ejercer un control de su propia persona, Ying-ying sobrevive a la tragedia de su existencia como un «ghost», viviendo incluso en un silencio que otros llenan por ella: «My father, who spoke only a few canned Chinese expressions, insisted my mother learn English. So with him, she spoke in moods and gestures, looks and silences, and sometimes a combination of English punctuated by hesitations and Chinese frustration: 'Showo buchulai'—Words cannot come out. So my father would put words in her mouth». (p.108)

El riesgo de dejar que otros articulen nuestros silencios es que con el control de la palabra permitimos asimismo el control de nuestra vida. El no hacer uso de nuestra propia retórica es rendirnos a perder la batalla de nuestra individualidad. La libertad personal se consigue precisamente haciéndonos responsables y dueños del poder que nos concede nuestra voz para enfrentarnos al mundo de igual a igual. Como razona una de estas madres, consciente de la pasividad e inarticulación de su hija, y de las consecuencias trágicas que ello, como sabe por propia experiencia, puede acarrear, «If she doesn't speak, she is making a choice. If she doesn't want to try, she can lose her chance forever». (p.241)

Así se desprende de las experiencias de las hijas, marcadas en su vida adulta por divorcios, separaciones, frustraciones profesionales e inseguridad. Estas mujeres chino-americanas han tratado a lo largo de su vida de desoír los consejos de sus madres por considerar que éstas eran demasiado torpes para entender las complejidades de sus relaciones personales, del sistema y la sociedad americanos en el que ellas nacieron y crecieron. La confusión, dada la cantidad -y diversidad- de «choices» que esta misma sociedad les ofrece, les hace incapaces de tomar decisiones

relevantes o de resolver los conflictos a los que se enfrentan a diario. Convencidas de la diferencia que las separa de sus madres, tratan de apartarlas de su vida, sin conseguirlo. El deseo de auto-afirmación, de separación de la madre, que siempre acompaña el desarrollo de la mujer hacia la edad adulta, parece intensificarse en este caso debido a que al tradicional «gap» cultural y de perspectivas se une el hecho de que los mundos a los que estas mujeres pertenecen están distanciados no solamente en el tiempo sino también en el espacio, con las implicaciones que de ello se derivan: Este y Oeste se hallan en dos polos opuestos y, a menudo, enfrentados. Son las madres, que han asimilado parte de las dos culturas, han perdido parte de su carácter chino y adquirido un poco del americano, sacrificando parte de sí mismas en el proceso, las que se hallan en una mejor posición para acercarse finalmente a sus hijas y mostrarles el parecido que las une, más que las diferencias que las separan: «I look at my face in the beauty parlor mirror. I see my reflection. I cannot see my faults, but I know they are there. I gave my daughter these faults. The same eyes, the same cheeks, the same chin. Her character, it came from my circumstances. I look at my daughter and now it is the first time I have seen it». (pp. 303-304) Este reconocimiento se convierte en el primer paso de acercamiento entre madres e hijas, a medida que se van dando cuenta de que unas forman parte de las otras inevitablemente. Y tras este reconocimiento llega la reconciliación, la aceptación mutua.

Jing-mei Woo, hija de la fundadora del Club de la Buena Estrella, es la que dará forma a este proceso al seguir los pasos de su madre tras las hijas que un día ésta se viera obligada a dejar tras de sí. En su viaje a la nueva China que ha abierto tímidamente sus puertas al mundo, Jing-mei lleva a cabo los deseos incumplidos de su madre gracias al dinero y apoyo que los miembros del Club le ofrecen. El Club se convierte así en un puente de conexión entre el pasado y el presente, los sueños y la realidad, el Este y el Oeste. En este viaje simbólico hacia sus raíces y su cultura, y a través de los pedazos de historia y recuerdos que su padre le va contando en el camino hacia el reencuentro con sus hermanas, Jing-mei descubre a su madre y, al hacerlo, halla el sentido de su propia pertenencia.

El último tramo del largo viaje lo realizan en avión, a lomos del viento, que acerca estos dos mundos que se creían antagonistas irreconciliables. En el momento de la reunión con sus hermanas, Jing-mei finaliza el proceso de fragmentación de su madre -tras separarse de sus hijas- y el suyo mismo: «I look at their faces again and I see no trace of my mother in them. Yet they still look familiar. And now I also see what part of me is Chinese. It is so obvious. It is my family. It is in our blood. After all these years, it can finally be let go.» (p.331) En la fotografía que se saca como testigo mudo del final feliz, las imágenes de las tres hermanas, aparentemente tan diferentes, se funden en una: «Together we look like our mother. Her same eyes, her same mouth, open in surprise to see, at last, her long-cherished wish». (p.332)

Waverly Jong, por su parte, ha estado enfrentada a su madre desde el momento de su infancia en que comienza a jugar al ajedrez y trata de hacerlo por sí misma, siguiendo sus propias opiniones y poniendo las reglas del juego a su favor. Sin embargo, las imágenes del viento que su madre le había sugerido como aliadas de su juego -y de su vida- se hacen presentes en los momentos cruciales del mismo:

'As I began to play, the boy disappeared, the color ran out of the room, and I saw only my white pieces and his black ones waiting on the other side. A light wind began blowing past my ears. It whispered secrets only I could hear.

«Blow from the South», it murmured. «The wind leaves no trail». I saw a clear path, the traps to avoid. The crowd rustled. «Shhh! Shhh» says the corners of the room. The wind blew stronger. «Throw sand from the East to distract him». The knight came forward ready for the sacrifice. The wind hissed, louder and louder. «Blow, blow, blow. He cannot see. He is blind now. Make him lean away from the wind so he is easier to knock down».

«Check», I said, as the wind roared with laughter. The wind died down to little puffs, my own breath'.(p.98)

Estas imágenes del viento, como hicieran con su madre, sirven para modelar su experiencia incluso en su edad adulta. Al igual que las otras representaciones de la joven generación chino-americana, Waverly Jong trata de llevar a cabo una separación efectiva de su madre, para darse cuenta finalmente de que el hilo conductor entre ambas es inevitable y el reconocimiento de su existencia saludable para sus relaciones y para sí misma. Pensando en su futura luna de miel, a la que su madre parece querer auto-invitarle para disgusto inicial de los novios, Waverly planea un viaje a la China que supondría la conexión física y emocional con lo que es parte de su pasado, su historia y su cultura. Su madre sería entonces el «link» que, en un reverso a la experiencia original de movimiento Este-Oeste, completaría el círculo con un acercamiento en el sentido opuesto: «Yet part of me also thinks the whole idea makes a perfect sense. The three of us, leaving our differences behind, stepping on the plane together, sitting side by side, lifting off, moving West to reach the East». (p.205)

Madres e hijas logran, pues, finalmente, alcanzar este punto de encuentro, de entendimiento, a través de unas experiencias que, a pesar de los años transcurridos y de las diferencias lógicas de tiempo y espacio, coinciden en lo fundamental: la búsqueda de una identidad propia, salvaguardando todo aquello que, inevitablemente, conforma nuestra personalidad, aceptando la herencia, el recuerdo como bases sólidas donde poder cimentar nuestro futuro, y donde «faith» y «fate» se fundan, con ayuda del viento, para ofrecer una esperanza real a ese futuro.

Nota: Todas las referencias a la obra de Amy Tan están extraídas de la siguiente edición: *The Joy Luck Club*, Ivy Books, New York, 1989.